

EL

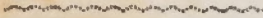
12

CDD 86.1061

LIBERALISMO EN COLOMBIA

I

SUS DETRACTORES DE POR ACÁ.

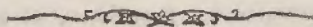


ARTICULOS PUBLICADOS EN SANTIAGO DE CHILE
POR EL SEÑOR RICARDO BECERRA, 1836 —
I REPRODUCIDOS POR DISPOSICION DEL GOBIERNO DE COLOMBIA.



IMPRESA DE GAITAN.
BOGOTÁ.
CALLE 4.^a AL NORTE, NUM. 18.

EL LIBERALISMO EN COLOMBIA.



I

El espléndido triunfo que el partido liberal colombiano acaba de obtener en la sangrienta lucha a que lo arrastró la insensatez de sus adversarios, i las medidas de ineludible represion que como Gobierno ha dictado para evitar nuevas conspiraciones contra el orden público, han sido objeto de vivísimos ataques i de acerbas censuras por parte de dos de los órganos de la prensa de esta capital.

El delito del partido liberal colombiano consiste en haber desbaratado a fuerza de enerjía en el Gobierno i de heroismo i constancia en los campos de batalla, la formidable reaccion teocrática, que organizada francamente con el nombre de partido católico i con el famoso *Syllabus* de Roma por toda bandera, osó proclamar en aquella tierra, que jamás tuvo eco simpático para ninguna empresa liberticida, el desalentado plan de matar las conciencias por la estincion de la enseñanza libre, por la vuelta de la intolerancia religiosa de la colonia, i finalmente por la completa subordinacion de los poderes civiles del Estado a la voluntad de la iglesia ultramontana, que se dice depositaria esclusiva de la verdad, no solo en el orden religioso, sino que tambien en el moral i político.

No hace mucho tiempo que en cierta discusion atenuante de las negaciones absurdas de ese mismo *Syllabus*, un prelado católico de la Gran Bretaña dijo con adorable injenuidad, que aquella negacion absoluta del progreso humano era un producto del Vaticano exclusivamente destinado para la esportacion a Sud-América, entre cuyas naciones consumidoras se nombraba a Colombia como la primera.

Fué seguramente dentro de la lógica de estos cálculos, que se escogió aquella misma tierra, no obstante su probada rebeldía contra el espíritu dominador del ultramontanismo, para hacer en ella el primer

ensayo del partido católico, cuya organizacion definitiva es al presente en todas partes, la más viva aspiracion i el principal cuidado de los directores de la escuela clerical.

Abrigóse, sin duda, la esperanza de que al favor de las lamentables disensiones del partido liberal colombiano, fruto de su misma preponderancia, de su larga estadía en el poder i tambien de no pocos errores de su política i de sus hombres, habria de serle fácil a la masa con que allí cuenta la idea ultramontana, i que, aunque en minoría, tiene todo el brio i empuje propios del fanatismo, el recobrar su antigua influencia, i una vez en posesion del Gobierno, que alcanzara apellidando justicia para sí, i reparacion para las instituciones liberales, destruir éstas por completo, i darles en reemplazo las del tipo Vaticano, hasta ahora no ensayadas sino en el desdichado Ecuador. Creyóse, no sin razon i fundamento, que una vez realizada la reaccion en Colombia, seria fácil barrer en las demas Repúblicas hispanas con los retoños que apénas apuntan i reverdecen, de los principios liberales, apoyados i fortalecidos por la conciencia libre i el pensamiento independiente, pues acreditada aquella tierra de libérrima, i con fama hasta de exajerados i quiméricos los hombres que allí han presidido a la constitucion política i social del pais, la victoria que en semejante teatro alcanzara la escuela ultramontana, por fuerza habria de ser de gran significacion i prestijio en el resto del continente.

De aquí el extraordinario fervor con que en un espacio de tiempo relativamente breve, absorbió la secta clerical las antiguas reliquias del partido conservador colombiano, que por un momento pareció querer rejenerarse, aceptando con lealtad las nuevas instituciones i su juego constitucional i desligándose para ello todo compromiso con la Iglesia; i el inaudito empuje i la rabia feroz con que, prendiendo fuego al hogar patrio por todos sus costados, pudo empujar a los campos de batalla a más de veinte mil soldados, que polcaron con un valor digno de causa ménos triste que la que al fin sucumbiera con ellos.

La ruda mortificacion del desengaño ha tenido que ser, i es en efecto, proporcional con la magnitud de las esperanzas concebidas, i la del buen éxito vislumbrado, por lo que nada tiene de extraño, ni el lenguaje que han empleado los que allí cayeron, ni aquel con que les hacen coro sus partidarios de otras partes, hasta ayer testigos llenos de confianza, en la tremenda prueba.

No nos coje, pues, de nuevo el clamoreo i las voces de maldicion que se levantan contra el partido liberal de Colombia, hélico vencedor a su despecho, i contra las medidas de reparacion, relativamente magnánimas, con que ha creído fecundar los sacrificios que afrontó el pais para escapar a las garras de la reaccion ultramontana; i es así como,

sin sentirnos sorprendidos por el ataque, sin cólera i hasta sin la más ligera mortificación personal, en obsequio a la verdad histórica, a la lógica de los juicios del liberalismo de las demás repúblicas i al deber que nos impone nuestra condicion de hijos de aquella patria que se pretende amancillar, presentándola como presa de facciones inconsecuentes i teatro de escandalosos desafueros, venimos a recoger uno a uno, para pulverizarlos seguidamente, los cargos que al impulso de la pasión, no por la doctrina i su criterio, se han lanzado contra el Gobierno, contra la gran mayoría nacional que una vez más lo ha sostenido dándole su sangre, i en fin, contra la Nación entera, pues que ella es responsable de cuanto hagan poderes i hombres, que no solo aplaude con entusiasmo, sino que sostiene con singular energía.

Dos son los diarios de esta ciudad que han formulado esos cargos, decorándolos ámbos con acerbo e insultante lenguaje. El *Estandarte Católico* fué el primero en la obra, i ha sido de los dos el más hiriente i desmedido en sus términos, hasta el punto de llamar "ilustres bandidos" a los hombres que constituyen las dos terceras partes por lo ménos de la familia colombiana. Vino en seguida el *Independiente*, quien entre favores para los unos i desfavores i ultrajes sangrientos para los otros, terminó por dividir la "ilustre tierra" en dos bandos, uno de los cuales abusa insolentemente de la fuerza, mientras que el otro, abyecto i torpe, obedece lleno el corazón de miedo i de indignidad la conciencia.

No es nuestro propósito contestar al primero de esos diarios. Aunque obligados por la naturaleza del ataque a rechazar de preferencia i con energía, detracciones que aspiran a pasar por juicios con doctrina o por arranques de jencrosa indignacion i condolencia, siempre habremos de tener en mira el interes de una discusion que rectifique i esclarezca.

Ahora bien: con el periodismo ultramontano no se discute; si su escuela usa hoy de la prensa, si apela a la asociacion i a los recursos de la palabra para tratar de imponer sus ideas, hácelo incurriendo en clamorosa inconsecuencia, puesto que considerándose depositaria única de la verdad en todas las esferas de la actividad humana, i negando como niega los fueros i sobre todo la competencia de la razon, debiera limitarse a lo que lógicamente constituye su papel, esto es, a ordenar imperativamente i a negar con absoluta intransijencia.

Toda discusion presupone en quien la promueve o en quien la acepta, la creencia de que puede estar equivocado en lo que piensa. Quien quiera que razona i discute de buena fe, abre dos puertas: una por la que entra a convencer a su adversario i otra que se deja abierta para el caso de ser convencido. Pero el ultramontanismo que se consi-

dera infalible, no discute sino a pura pérdida para aquel que acepta con él tal discusion i que aceptándola incurre tambien en inconsecuencia. Con una escuela que se cree, sincera o artificiosamente, poseedora única de la verdad revelada sobrenaturalmente, no hai más que hacer en servicio del progreso humano, que dejarla libre, por lo m enos en tanto que su libertad no es liberticida, o sea, miéntras no daña a las demas libertades de que depende de preferencia aquel progreso.

El *Estandarte* está, pues, no solo en su derecho, sino dentro de la lójica más perfecta al proclamar que los liberales de Colombia son unos bandidos; i ello por la sencilla razon de que no de otra manera pueden pensar, en relacion con aquel partido, los que en presencia de don Felipe II de España i del don Carlos de Borbon contemporáneo, solo tienen admiracion i aplauso para las obras de tales personajes i espresiones de dolor por la irremediable decadencia de semejantes tipos.

Nada tenemos pues que hacer con los juicios o más bien maldicciones del *Estandarte*, salvo el contemplar un instante a sus autores, i desfilan en seguida, sin burla, sin desacato de ningun jénero, pero con perfecta tranquilidad, obedeciendo al consejo, de oita ya tan manoseada, pero siempre oportuna en estos casos, del gran poeta italiano.

Con el *Independiente* ya es otra cosa, puesto que su hábil Redactor se ha dado trazas i en parte ha logrado su objeto, de hacer creer a los cándidos, cuyo número es por desgracia mui grande en todas partes, que él i los que siguen sus banderas son los mejores amigos con que la libertad puede contar en el mundo, i que no hai más que guiar por el camino en que hoy mueven con cierta agilidad sus piernas, i que Lamennais, Lacordaire i Montalembert recorrieron al vuelo de sus grandes alas, para ir a parar al mejor de los mundos posibles en materia de República democrática.

Un escritor como el señor Rodríguez, que adora a Bastiat, que oita a Spencer, que pide en todos los tonos i todos los dias libertad de enseñanza, descentralizacion administrativa, iniciativa individual libre, &c,^a &c,^a aunque cuidando de defender en seguida a García Moreno i a su réjimen, al *Syllabus* i sus condenaciones, bien vale la pena de que se le tenga en cuenta i de que se sometan a exámen sus acertos, cuando entrando por trigos de heredad lejana alza la voz i fulmina juicios que tiene la arrogancia de dar como definitivos i concluyentes.

II

Los partidos conservadores de Hispano América han tenido la buena suerte de que les caiga, como llovido del cielo, i precisamente cuando todos ellos se batan en retirada, si es que no est n en plena derrota, un

esperto Capitan que espontáneamente les ofrece reconducirlos al fuego i llevarlos a la victoria, siempre que obedezcan puntualmente sus órdenes.

Este flamante e improvisado jeneralísimo no es otro que el memorado señor Rodríguez, Redactor del *Independiente*, quien con más osadía de propósitos i más alta ambicion que el mismo Bonaparte, al trasponer el paralelo 24° para organizar su campaña de Marengo, no abandona por esto su campaña de Egipto.

Es propósito de los primeros reconocimientos i de las primeras proclamas, que el insigne Capitan se ha dignado acordarse de que existe una República que se llama Colombia, i hai allí un partido conservador que solo espera sus sabios consejos para reparar las faltas que lo han puesto exánime i vencido a los piés de sus adversarios.

Al fin, como en literatura de proclamas, campean en la primera del señor Rodríguez algunas contradicciones, que sin dada debemos escusar como otras tantas licencias poéticas.

Espléndido teatro de las más brillantes contiendas de la pluma i de la espada llama a Colombia, e “ilustre tierra” la apellida en seguida, sin que aquella esplendidez ni esta ilustracion obsten para que a vuelta de unas pocas palabras más, sepa el lector que el consabido teatro de las brillantes contiendas se ha cambiado en teatro de una orjía de iniquidades i que la justa tan afamada no es hoy otra cosa que el mandato insolente de la fuerza de los unos, pronta i miedosamente obedecido por los otros. Todo esto, segun el leal saber i entender del nuevo duque de Brunswick que la Providencia ha deparado a los partidos conservadores de Hispano-América, es la obra de una lejislacion inicua i de un Gobierno sectario, que han logrado “que la conciencia del hombre sea una palabra sin sentido en la ilustre tierra colombiana,” tierra en la que “los creyentes son tratados como párias, i los sacerdotes i Obispos como enemigos públicos.”

Menester es dar paso libre a tanta contradiccion e intrepidez de juicios, para preguntar sencillamente al señor Rodríguez si podrá darnos las pruebas que abonen su exactitud i si de véras conoce i ha estudiado la lejislacion liberal de Colombia, que tan arrogantemente califica i condena.

¿La conoce en efecto? I luego, ¿sus juicios se refieren a toda esa lejislacion, o comprenden nada más que los tres últimos actos sancionados por el Congreso colombiano, como otras tantas medidas de alta policia contra los rebeldes que acaban de dilacerar las entrañas del país, con la más injustificable i la más feroz de las guerras que registra su historia?

Mucho tememos que el señor Rodríguez no se haya tomado el

trabajo de estudiar la política colombiana, que sin embargo califica tan arrogantemente, i que le haya bastado saber que hai allí liberales i conservadores, para decidir, a ojos cerrados, que la razon i el derecho están con los últimos. Sea de ello lo que fuere, i sin parar atencion en que sus cargos vienen desprovistos de prueba i que no pasan de ser una de las muchas declamaciones plañideras en que tan pródiga es hoi cierta prensa, habremos de ocuparnos en dar una idea de lo que es esa legislación tachada de infusa, i en describir la conducta del partido liberal, desde que ascendió al poder por medios perfectamente léjítimos i en representacion de la inmensa mayoría nacional.

Ante todo, haremos una advertencia, que es hasta cierto punto una franca confesion.

Advertimos que no es lécito, porque no es honrado ni lójico, concretar el juicio sobre un partido, sus principios, su conducta i la de sus principales hombres, a lo que ese partido se ve obligado a hacer cuando estando en el gobierno, su autoridad es combatida por facciones incorregibles, o permaneciendo en la oposicion, la arbitrariedad mutila i aun llega hasta suprimir sus más sagrados derechos.

La guerra, i sobre todo la guerra civil, constituye un estado de cosas verdaderamente patolójico, en el cual, por mucho que la filosofía trabaje en contrario, siempre la razon perturbada por el vértigo que produce la lucha, ha de ceder no poco al embate de las pasiones del momento. Exijir de un poder que se ve atacado a muerte por la violencia facciosa, que se mantenga correctamente dentro de los límites de la más fria razon, es pedir un imposible, i los que a tal cosa aspiran harto demuestran, o que proceden con insigne mala fe, o que desconocen por completo la naturaleza humana, que es igual así en el gobierno de las sociedades como en el de los individuos. Las tremendas responsabilidades de la guerra no pueden recaer con justicia sino sobre los que han provocado ésta sin razon i hasta sin pretexto, i así, cada vez que termina una lucha de aquellas en que las causas i los hombres tienen la desgracia de salir enrojecidos por la sangre, para comparecer ante el tribunal de la historia, el fallo adverso de ésta no recae sobre los que apénas se han defendido, sino en el solo evento de que hayan estralimitado su defensa. Los únicos justiciables, fuera de este caso, son los promotores del conflicto, i el juicio sobre los vencedores, para que sea equitativo, tiene que ser atenuado por la consideracion de que ellos fueron, no solo provocados con temeridad, sino que se les obligó ademas a una estrema defensa.

Aparte de esto, es en la paz i en sus obras en donde debe buscarse la base para un juicio acertado de los partidos políticos, de sus principios i tendencias; cuando, si están en el poder, su accion es enteramente

libre i en proporcion responsable, i si en la oposicion tienen espedito su derecho de censura, el de apostolado para sus ideas i el de recuento leal en presencia de las urnas.

Pero como la paz no es un elemento que produce aisladamente la accion de los gobiernos, sino que depende tambien i en gran parte de la conducta i propósitos de las oposiciones, es claro que ni debe juzgarse a un partido que está en el poder por los solos actos de su defensa, ni debe escluirse de semejante juicio al partido que le ha hecho oposicion.

Ahora bien: el partido liberal colombiano no ha tenido la suerte de hallar en la oposicion a un partido conservador verdaderamente digno de este nombre, que tantas i tan elevadas responsabilidades impone. Estando en el gobierno, desde 1830 hasta 1836, dos veces tuvo que sofocar la rebelion en que se lanzaron sus adversarios. Vuelto al poder en 1849, la rebelion no se hizo esperar demasiado: preparada en las columnas de una prensa eminentemente facciosa e incendiaria, estalló en 1851 al grito característico de *viva la religion!* Desde 1860 hasta hoy que es el tercer período del mando liberal en Colombia, las rebeliones del mal llamado partido conservador no han sido ménos frecuentes: alzóse en 1863 en el Estado federal de Antioquia i a balazos conquistó el Gobierno de aquella seccion, que desde entónces fué el Monte-Aventino de la reaccion ultramontana; volvió a alzarse en 1865 contra la administracion jirondina i eminentemente conciliadora del Presidente Murillo, i por último, despues de azuzar, para esplotarlas en su provecho, las divisiones del liberalismo, acabó su triste historia por cocharse en brazos de la secta clerical, bajo cuyas banderas ha peleado la más ruda i sangrienta de las batallas que registra la historia de aquel pais, tan reciamente sacudido por las convulsiones civiles.

Pero la tenaz adversidad de tales elementos no ha sido bastante, ni a que el partido liberal haya abusado jamas de sus victorias materiales, contradiciendo sus principios, cual lo suponen sin demostrarlo los detractores, ni a detenerlo en su obra de rejeneracion, durante los períodos de paz que le han dejado sus incorregibles adversarios.

Pocos partidos podrán presentar, en efecto, una hoja de servicios a la libertad i al progreso de la idea republicana i democrática en América, tan rica i brillante como la que posee el partido liberal colombiano.

Su oríjen no mas es un timbre que bastaria para abonar toda su historia, puesto que surgió para oponerse valerosamente al primer capitán de la independenciam sud-americana, en el momento en que éste, euloquecido por el filtro de sus glorias i del poder que durante la lucha ejerciera a discrecion, intentó poner su espada sobre las leyes i esterili-

zar en provecho de una sola clase, todos los sacrificios de la revolucion. El partido liberal, presidido por Santander, "el hombre de las leyes," como lo llamó el mismo Bolívar, tuvo la grandeza moral suficiente para preferir la libertad a la gloria, i no solo rehusó su admiracion al héroe desde que ella fué costosa a su conciencia, sino que lo combatió a pecho descubierto i redimiendo por el heroismo desgraciado de alguna de sus tentativas, la mancha que la afeara.

Gracias a tanta enerjía i entereza, la dictadura de Bolívar se hizo imposible, no obstante la gloria casi irresistible del caudillo, i a vuelta de unos pocos meses, los mismos bolivianos votaron en el "Congreso admirable" la Presidencia de don Joaquin Mosquera, que, aunque destruida luego por un golpe de cuartel, vivió lo bastante para comprobar el prestigio i autoridad que las leyes i el réjimen civil habian alcanzado en el pais, gracias a la doctrina i al esfuerzo del naciente partido liberal.

Muerto Bolívar en 1830, cuarteose i vino abajo el edificio de que él fué artífice principal i en los últimos dias sestenedor único. Entonces volvió al poder el partido liberal i organizó seguidamente la nacionalidad granadina, con instituciones liberales en las que ante todo se cuidó de dar la debida preponderancia al elemento civil.

Elecciones populares libres llamaron a la Presidencia de la República al Jeneral Santander, bajo cuya Administracion se plantearon felizmente las nuevas instituciones, se reorganizó la instruccion pública, se restableció en ella los estudios científicos que el dictador habia proscrito i reemplazado, con certera lójica, por los teológicos; se fomentó igualmente la Hacienda pública, hasta el punto de cubrirse todos los gastos i dejar un sobrante de millon i medio de pesos en areas fiscales; i sobre todo se hizo práctica por medio de lecciones severísimas, que en muchos casos recayeron sobre ilustres conmlitones del Jefe mismo del Estado, la saludable preponderancia del elemento civil.

La injénita indisciplina de los partidos liberales, llevó poco despues al de la antigua Nueva Granada, de las alturas del poder a las no ménos espectables de la oposicion; pero desgraciadamente no supo conservarse en ellas, e irritado por la política personal i de desquite de la administracion Márquez, cometió la torpeza de lanzarse a la guerra, sin causas que en realidad pudieran justificarla.

Fué vencido, entre otros elementos, por el del prestigio que para el principio de la autoridad en la lei habia conquistado al gobierno del Jeneral Santander, i porque los hombres más ilustrados de sus filas, no quisieron acompañar en la guerra a los hombres de accion que la hicieron sin plan ni concierto eficaces.

Los conservadores, que despues de haberse apellidado bolivianos

bajo la dictadura de 1828, se denominaba entónces ministeriales, organizaron su victoria enviando al cadalso a muchos hombres ilustres, restos sobrevivientes de la jeneracion que habia conquistado la independencia, i condenado a dura proscripcion a algunas docenas más de liberales notables. En seguida, acusaron a la libertad, como es su costumbre i está en la lójica de sus principios, de los males ocasionados por la revolucion, i sentenciaron la causa, condenando a muerte al presunto reo.

Destruyeron, en efecto, la Constitucion liberal de 1832, i le dieron por reemplazo la famosa de 1843, en presencia de la cual el Código chileno de 1833 puede ser considerado hoy mismo como un dechado de libertades i franquicias. No contentos con interrumpir i aun contrariar de esta manera la tradicion de 1810, sancionaron una lei de "medidas de seguridad," que arrebatava la seguridad a todos los gobernados, i por último llamaron a la lecion de Loyola para encargarla de transformar, por el sistemático avasallamiento de la razon humana i por la negacion de los derechos de la conciencia, el espíritu de las nuevas jeneraciones.

Con esto i con tener al frente del ministerio a don Mariano Ospina, uno de los muchos bárbaros ilustrados que por desgracia suya ha tenido la América hispana, creyó el conservatismo de la antigua Nueva Granada que su reciente victoria bélica seria eterna, i que no habia necesidad, pues lo consideraba bien muerto, de hacer guardar espresamente por lejonarios el sepulcro del liberalismo.

Cinco años despues, disipábanse como la bruma a los rayos del sol tan necias esperanzas, i el partido liberal surjía rejuvenecido i levantábase vigoroso como nunca a realizar la República democrática i restablecer con ella la tradicion de 1810.

III

Las elecciones para Presidente de la República en el quinto período constitucional se verificaron a fines de 1848, i el virtuoso Jeneral López, candidato de aquel partido liberal que los reaccionarios de 1843 creian haber muerto i enterrado definitivamente, obtuvo un número de votos mayor que el que alcanzaron bajo el patrocinio del poder i con todo el prestigio de la autoridad oficial a su servicio, los dos candidatos del partido conservador, Cuervo i Gori. Tan reciamente soplaban los vientos de la opinion liberal, que el Congreso de 1849, llamado a perfeccionar la eleccion de Presidente, por no haber obtenido ninguno de los tres candidatos la mayoría constitucional, se decidió por el Jeneral

López, no obstante la fuerza de que en una i otra Cámara disponian los conservadores que le eran decididamente adversos.

Una vez en el Gobierno, el partido liberal comprendió la extraordinaria magnitud de las dificultades con que iba a luchar. El mismo no habia tenido medios ni ocasion oportuna para reincorporarse al movimiento constitucional del pais i prepararse el tiempo suficiente en la oposicion. Sus hombres más importantes como Santander, Azuero, Soto, Duque Gómez &,* habian bajado prematuramente al sepulcro abrevados de amargura por el espectáculo de una reaccion colonial triunfante; otros habian perecido en los cadalsos que levantara la implacabilidad de los vencedores, i los que aun quedaban i eran dignos de figurar en la primera línea, volvian apénas del destierro, no bien descausado el corazon de rencores ni libre la mente de las preocupaciones que enjendra la emigracion impuesta, o conservaban demasiado la fisonomia revolucionaria de 1840 que el liberalismo del reuacimiento no podia aceptar sino con muchas reservas.

No contaba, pues, el partido llamado a las funciones del Gobierno, sino con una que otra individualidad preparada para las labores del mando, si bien en cambio agrupábase en sus recién organizadas filas una juventud brillante, animosa, llena de fe i entusiasmo, que habia aprendido a amar la libertad i el progreso con la intensidad propia de las pasiones reprimidas i vijiladas, ora en los claustros universitarios rejimentados por la reaccion, ora en los colejos de los jesuitas.

De otro lado, la situacion del Estado aparecia seriamente complicada por la deficiencia de recursos fiscales, porque la Administracion anterior a la del Jeneral López, habia promovido innovaciones económicas que, aunque liberales, produjeron la crisis que es inseparable de todo estado de transicion.

A la inesperienza gubernativa de los hombres, i a la complicacion de los problemas pendientes, se agregaban el prestigio personal i la intensidad de la oposicion que iba a hacer i que en efecto inició inmediatamente el partido que dejaba el mando.

Pero existian convicciones profundas, jeneroso entusiasmo i patriotismo férvido, i los tiempos eran ademas propicios al progreso liberal, pues la revolucion francesa acababa de arrojar sobre el mundo una de esas bocanadas eléctricas con que desde 1789 viene purificando la atmósfera i desarrollando la sávia i vigor de los pueblos que aspiran a ser libres. Con estas fuerzas, el partido liberal puso mano a la obra de la reforma, e inició uno de los más bellos i jenerosos movimientos de opinion que rejistra la historia del progreso.

Con él principia esta lejislacion colombiana, que solo la ignorancia o la pasion pueden calificar de infusa i de mortal para las conciencias

libres; pero que juicios honrados i circunspectos hallarán digna de la admiracion i aplauso de cuantos comprenden la dignidad humana i quieren verla reconocida en la lei i garantizada por los gobiernos.

Tome el señor Rodríguez, ya que su arrogancia de Juez le impone el deber de este estudio, tome los Códigos granadinos de 1849 hasta la fecha, i verá consagradas en ellos esas mismas libertades bajo cuya púrpura tratan de esconder hoy sus miserias los miembros de cierta escuela.

Aun no bien oreada la sangre de sus mártires sacrificados en los patíbulos de 1840 i 1841, el partido liberal se apresuró a abolir la pena de muerte para los delitos políticos, iniciando con tal medida el desarme de los odios civiles, que so pretexto de justicia, tanto han ensangrentado el suelo americano i entenebrecido su historia.

Frente a frente con una prensa facciosa i convulsonaria, probó su confianza en la opinion i su desden por la violencia, sancionando como lei el principio, ya inconvencible en aquel pais, de la completa irresponsabilidad del pensamiento escrito, para cuyos estravíos no aceptó otra jurisdiccion ni otra valla que las del buen sentido público i el esclarecimiento purificador que brota de toda discusion completamente libre.

Decretó así mismo la absoluta libertad de ensenanza i de profesiones, como preparacion de la libertad de conciencia i de la emancipacion de la razon.

En el campo de las reformas económicas, dió vigoroso impulso a las que ya habia iniciado el Presidente Mosquera en los dos últimos años de su Gobierno, que fueron de una política ecléctica i de transicion.

El pais arrastraba una vida de sopor i languidez, bajo el peso de antiguas instituciones fiscales i de errores económicos sobre los que poca o ninguna influencia habia tenido hasta entónces la revolucion de 1810. El trabajo estaba encadenado por los monopolios, la industria apenas era conocida, i aún no habia esportacion.

El Gobierno liberal se preocupó preferentemente de la necesidad de incorporar al pais al movimiento económico universal, i para lograr este resultado trascendental principió por abolir sin miedo el déficit del Tesoro, al estanco del tabaco que en cambio de un millon i pico de pesos, mantenía inertes i sin valor las feraces tierras de Magdalena, i sin ocupacion i salario a sus pobladores.

Redujo en seguida las tarifas aduaneras a la condicion de meros peajes, abolió el privilegio del cabotaje, i despues de fomentar con largueza la navegacion a vapor en el rio Magdalena, sancionó atrevidamente el principio de la libre navegacion de todas las aguas interiores del pais, bajo cualquier bandera.

Por virtud de estas franquicias, acuden hoy a la costa marítima

colombiana los vapores de cinco líneas, i en las aguas fluviales navegan de 16 a 20 buques bajo las banderas nacional, alemana, norte-americana e inglesa.

Preocupóse así mismo el Gobierno liberal de la emancipacion política i social de las clases populares, i la inició aboliendo la infame esclavitud de los descendientes de los africanos, abolicion que los conservadores combatieron en nombre, no del derecho de propiedad, que fué respetado, sino de sus apetitos judaicos. Pedian dinero al contado o la continuacion indefinida de la esclavitud, i magnates suyos hubo que, argonautas de la infamia, cargaron de compatriotas una nave, aportaron con ella al Callao i allí cambiaron por oro peruano ciento i tantos granadinos, que no tenian más delito que el de ser hijos de las víctimas de la fuerza i la codicia brutal.

Este acto magnánimo de la libertad de los esclavos, valió al Gobierno neo-granadino una especial i calurosa felicitacion del Gobierno británico, la que le fué dirigida precisamente en los momentos en que las aristocracias i oligarquías del resto de la América se ocupaban en cubrir de baldon su política, i de contumelia a sus hombres más notables.

Por de contado que estas grandes reformas no se consumaron con tranquilidad i sin provocar resistencia de ningun jénero. No, la libertad no es un río que desemboca calma i calladamente en las aguas muertas de la tradicion i del abuso, i así lo han comprendido los espíritus superiores que, no obstante, se han afiliado a la máxima: "*malo periculosam libertatem quam quietam servitutem*," La libertad—¿por qué ocultarlo? es a veces un amigo imprudente i temerario de la civilizacion, pero el principio contrario es normalmente su enemigo irreconciliable. Por esto cuando los publicistas de la escuela conservadora enrostran al liberalismo, como acaba de hacerlo el señor Rodríguez, las pruebas no siempre inofensivas i algunas veces muy duras de la evolucion entre su ideal i las costumbres, i exhiben por via de contraste la silenciosa calma que rodea a los gobiernos conservadores, basta, para confundir tales sofismas, recordar sencillamente que en sociedades como las nuestras, en las que el abuso es no solo tradicion sino institucion, todo progreso tiene que ser un desgarramiento i que nadie marcha si no tiene el valor necesario para afrontar sus dolores.

El lord Macaulay cita a este respecto una espléndida imájen de Ariosto, en la que la libertad, sometida a sucesivas trasformaciones, principia por aparecer bajo las formas de un feo reptil que se azota i arrastra, hasta que le llega el turno de desplegar alas i convertirse en encantadora deidad. Pero los que la han insultado i maltratado en su primera época, pierden todo derecho a sus favores, una vez realizado su ideal de justicia i belleza.

La vision o la confianza en tales trasformaciones ha faltado siempre a los hombres de conservatismo hispano-americano (salvo algunas escepciones individuales) i de ahí ha provenido el afan con que han matado la libertad, creyendo ahogar tan solo la anarquía.

En Colombia la irresponsabilidad legal de la prensa exacerbó por el momento las pasiones de la lucha. Los esclavos del sur de la República, tratados por sus amos con inaudita sevicia, no acertaron a hacer buen uso de la libertad que se les restituía, como no acierta a andar con paso firme, a la luz del sol, el pobre prisionero a quien se saca de un calabozo i se liberta del grillete; i se dieron a azotar a sus antiguos propietarios con los eslabones de sus ya rotas cadenas. Faltó enerjía en algunos majistrados para reprimir debidamente tales excesos, o tal vez los poseyó demasiado el vértigo de una contienda en la que la autoridad difícilmente podia limitarse al papel de juez i mediador; a lo que se agregaron las complicaciones de una rebelion que el clero atizó i envenenó como de costumbre, i en esta ocasion sin haber sido en manera alguna provocado.

Estas sombras (¿i qué gran cuadro no las tiene?) estraviaron fuera del país el criterio de algunos publicistas sinceros, i otros hubo de supina mala fe, que con frío cálculo las ennegrecieron i exajeraron a fin de desacreditar la causa liberal en toda la América.

Anarquía i rojismo llamaron al progreso que se abria paso en la tierra granadina, i entónces como ahora se puso particular empeño en describir como una verdadera saturnal revolucionaria, como una "orjía," segun la última espresion detractora, la política gubernativa, que sin embargo se guiaba i seguía dentro de los planes de la más alta justicia.

I no obstante, ahora que ha terminado para aquellas reformas su más duro período de prueba, no hai quien no las aclame sincera o calculadamente, i el mismo escritor que insulta a los que hace 25 años fueron sus artífices, no tiene otro material con qué decorar su obra periodista, que el del apostolado de las doctrinas que ellas encierran.

Fata viam invenient!

IV

No se detuvo allí la labor del partido liberal colombiano, ni le bastó tampoco el paso trascendentalísimo de la descentralizacion de rentas i gastos, con el cual, al mismo tiempo que ponía científico remedio al cáncer del déficit, abria escuela eficaz al sistema de Gobierno propio i de localizacion del poder, imperativamente exigido por las con-

diciones etnográficas i la topografía de la poblacion i territorio de aquella República. Faltábale sacar a tierra firme, levantar sobre la roca de una lei fundamental, i cubrir allí con el pabellon de la República todas las conquistas hechas desde 49 hasta 52: faltábale volver sobre el amenazante castillo feudal de la constitucion de 48, toda la artillería de esa reforma, hasta derribarlo por completo, como lo exijian ya, haciendo de necesidad virtud, sus mismos artifices.

I aquí es preciso que atemos, por decirlo así, al poste de un severo contraste, la audacia del reciente detractor de la causa liberal colombiana, recordándole la admirable leccion de probidad i consecuencia que a propósito de las instituciones del 43, dió desde el poder el partido liberal.

Como todas las instituciones de escepcion, que organizan i resumen una victoria bélica, las de aquel año cran armas de dos filos, i bien pudo el partido liberal que las habia soportado durante no poco tiempo, aplicarlas a sus adversarios, i valerse de todas sus ventajas para fortalecerse artificialmente en el poder. Pero honrado i consecuente con sus promesas, como en igualdad de circunstancias lo está siendo el de Chile, i recordando ademas, que los partidos no se fortifican de véras sino por su imperturbable adhesion a los principios que los han elevado, no solo puso mano a la reforma constitucional sino que complementó en ella la política i económica del país, hasta agotar, o poco ménos, su programa.

Tan léjos fué en esta jornada, que aun en presencia de un clero hostil i del partido conservador vivamente irritado por su reciente derrota del 51, sancionó el sufragio universal, la separacion de la Iglesia i del Estado, i el Gobierno de las provincias por mandatarios de eleccion popular, independientes en cierto modo del Ejecutivo central.

Como resultado lójico de estas reformas, la Iglesia se vió libre de las antiguas enojosas cuestiones que traian su orijen del patronato español, i reintegrado el personal de su clero con la vuelta al país de los obispos que fueron estrañados a consecuencia de su rebeldia contra ciertas leyes, de las cuales muchas ni dictó ni aprobó el partido liberal. El partido conservador, que, aunque en minoría en la República, contaba con mayoría en algunas de sus provincias, pudo reivindicar legalmente en éstas el poder, i entró a compartir el juego de las nuevas instituciones. Finalmente, la abrumadora autoridad i el poder invasor del réjimen centralista de 1843, se trasformaron en una administracion fácil, contenida i supervijilada, que devolvía a los partidos i a la opinion por ellos creada el derecho de dictar la política i de trazar el derrotero del país.

Trasformacion tan completa no se consumó, sinembargo, sino al

traves de nuevas i tremendas peripecias en las cuales el liberalismo colombiano elevó i consolidó singularmente su probidad i consecuencia políticas.

Algunos de sus miembros, aquellos que conservaban las tradiciones cautelosas i regalistas en materia religiosa de la política del Jeneral Santander, rechazaron de plano, como prematuras i aun como funestas, las reformas que investian del derecho de sufragio a las multitudes ignorantes, carne de cañon para los curas; la que separó las dos potestades i por último aquella que, segun sus críticos, quitaba al Poder Ejecutivo nacional todo resorte de Gobierno en las provincias, por la eleccion popular que estas hacian de sus mandatarios.

Ademas de esta division, que luego se hizo enconada i profunda, los militares en servicio abrigaban hondos resentimientos contra la mayoría liberal que insistia en debilitar la institucion del Ejército, juzgándola peligrosa en la República; i por último los artesanos de Bogotá, llenos de honradez i de patriotismo, pero extraviados por el sofisma económico del proteccionismo, pedian irritados que la tarifa aduanera se convirtiese en prohibitiva para el artefacto extranjero.

A esta combinacion de elementos adversos hizo frente, sin embargo, la fraccion liberal, que blanco del odio de los demas partidos i apodada con el nombre de "Gólgota" por la frecuencia con que sus tribunales i escritores se referian al monte que fué cátedra sublime i sitio de solemne consagracion de la doctrina cristiana, empujó, no obstante, las cosas hasta el punto de dejar sancionada la nueva Constitucion, i hacer que surjiese en torno a este nuevo Código i resuelto a escoltarlo, un partido que reputándolo depósito i garantia del comun derecho, pudo acoger en sus filas a individuos de distintas opiniones políticas.

El conflicto que preveia la fraccion liberal consecuente, no se hizo esperar mucho tiempo.

Un soldado descal sedujo las tropas veteranas del centro que estaban a sus órdenes, se atrajo en seguida a la clase obrera descontenta con el libre cambio, i a la sombra, más que con la directa complicidad de los liberales adversos a la reforma, osó proclamar la dictadura como recurso de salud para la libertad i fué a ofrecerla al Presinente constitucional de la República, Jeneral Obando.

Este hombre público, cuyo incansable i colosal infortunio evoca en la historia colombiana el recuerdo de la adversa fatalidad de ciertos personajes de la leyenda antigua, i que entre los rasgos característicos de su vida i destino, contó el de estar siempre en inmensa desproporcion con el odio que lo perseguia o con la popularidad que inspiraba, tampoco era partidario de las nuevas instituciones, creia de buena fe que ellas hacian imposible todo gobierno, i empozado su espíritu en el

liberalismo de veinte años atrás, todo progreso le parecía quimérico. En tan desfavorable situación de ánimo i siempre bajo la influencia de su lejendario infortunio, creyó ejecutar su deber con solo rehusar la dictadura, pero sin asumir la defensa de las instituciones. Pasó, en consecuencia, a ser el equívoco prisionero de los dictatoriales, i dejó que la autoridad de las leyes fuese reivindicada por sus sustitutos en la presidencia de la República.

Estos, que pertenecian a las filas del partido liberal puro, lograron escapar al sable del grotesco dictador i fueron a levantar en armas la República, apellidando defensa para la lei, favor para sus majistrados i castigo para la soldadesca tumultuaria.

Noble i ejemplarizador fué el papel que en esa emergencia desempeñó el partido liberal. Sabia mui bien que iba a debilitarse materialmente al hacer fuego contra sus antiguos compañeros; sabia que las instituciones, una vez triunfantes, no serian planteadas sino por los conservadores, sus antiguos adversarios; vió claro, en una palabra, que tenia que optar entre su deber como partido de principios i su conveniencia como partido gobernante. Su sangre iba a ser corriente que pondria a flote la nave constitucional, pero la direccion de ésta pasaria seguramente a otras manos.

I ese partido a quien se pinta urjido por el apetito de mando, asaltando el poder a balazos, entrándose impaciente por ventanas i tejados, sin valor i sin fe para esperar a que se le abran las puertas, ese partido no vaciló un instante en la eleccion. Prefirió el prestigio de su doctrina a su estabilidad en el Gobierno, i corrió con sus hombres más ilustres, su juventud más briosa, sus masas más entusiastas, a pelear por la Constitucion i a vencer con ella i por ella.

Suyos fueron en aquella campaña de ocho meses los desastres más trájicos, las victorias más señaladas, los lutos más dolorosos i sentidos; i cuando el 4 de diciembre de 1854 clavó en los rendidos cuarteles de la dictadura el pendon constitucional, ese partido no llevaba enteros sino su corazon, su programa i su derecho. Detras de él habian quedado, desde las fronteras del Táchira, en el Norte, desde las márgenes del Magdalena, en Occidente, i desde la cordillera de Guanácas, en el Sur, sus brazos más heróicos, su juventud de más esperanzas. Dejaba tambien el poder, puesto que miéntras él se batia por las instituciones, los conservadores organizaban el sufragio i elejian sin competencia al futuro Vice-presidente de la República, que acusado como estaba i suspenso en el ejercicio de sus funciones el Presidente, debia pocos meses despues entrar a gobernar la República.

Hé aquí una pájina histórica de la vida de ese partido que ciertos escritores pintan ganoso de poder a todo trance, inconsecuente con sus

principios, desleal en el Gobierno a su programa de opositor, i cuya legislacion es, segun los mismos, "una orjía de iniquidad" de la que han salido la muerte para la conciencia, i el deshonor para la patria colombiana !

V

Las apuntaciones que dejamos hechas del orijen, el programa i conducta invariable del partido liberal colombiano, bastarian para redimirlo de los cargos que contra él se han dirijido; pero como pretendemos orientar al lector de este escrito del curso que ha seguido la política de dicha República hasta el instante en que apareció en ella el "partido católico," hsbremos de agregar a lo que ya tenemos espuesto unos pocos recuerdos más que completen el cuadro.

El Vice-presidente electo en 1854 por los conservadores fué afortunadamente uno de los pocos, de los mui raros hombres de Gobierno con que han contado las filas de ese partido. El señor Mallarino era efectivamente un conservador de la escuela inglesa, esto es, un hombre de progreso, tolerante i capaz de comprender i de servir las necesidades de una nasiente democracia que aspira a vivir la vida de la libertad. De acuerdo con estas excelentes disposiciones organizó su ministerio, al que llamó a individuos de todas las opiniones constitucionales, cuidando de elegir para representar a las del conservatismo, a hombres que las entendiesen i practicasen como él, esto es, en un sentido progresivo i tolerante. Esta última eleccion, llena de tacto, recayó entre otros, en el ilustrado señor Pombo, quien despues de haber preconizado sinceramente las ideas monárquicas, rehizo su educacion política i terminó por declarar i sostener con el apoyo de su alta intelijencia i de su intejérrimo carácter, que las cuestiones de América no consentian otra solucion, que fuese satisfactoria, que las soluciones de la República democrática.

La Administracion Mallarino fué así un período de paz i de reparacion, durante el cual, miéntras el primer majistrado dedicaba sus ocios a comentar a Ciceron i los poetas latinos, los partidos i su prensa doctrinaria impulsaban el complemento de la trasformacion constitucional del pais, bajo la forma federativa, que venia preparándose desde 1853.

Dos años despues (1856) los dos partidos, el conservador, no mui bien hallado con la política del señor Mallarino, i el liberal, que bregaba por reintegrarse sobre la base de la paz a todo trance i del interes preferante de los principios, comparecieron a contarse ante las urnas que debian recibir el voto popular.

No fué leal ese recuento por parte de los conservadores. La falanjería de los curas, que siempre ha sido su lección sagrada, corrompió i perturbó de mil diversos modos las timoratas conciencias de una masa electoral en su mayoría ignorante, i logró poner en las urnas, mitad por fraude manifiesto, mitad por coacción i amenazas de purgatorio e infierno, catorce mil votos sobre los ochenta mil conscientes que allegó, a fuerza de propaganda doctrinaria, la candidatura liberal del señor Murillo.

Pudo el partido que proclamó esta última i que la viera derrotada por medios ilícitos, rechazar semejante veredicto; pero nadie pensó, sin embargo, en tal cosa, i el mismo candidato reinstalado en la tribuna de la prensa, proclamó que ántes que todo estaba el deber, se inclinó el primero ante los hechos consumados i señaló a su partido la obra de la reorganización federativa, como el único objeto digno de sus patrióticas preocupaciones.

Esa reorganización se consumó en efecto en 1858, bajo la Administración del Presidente Ospina. Ocho Estados federales, con Gobiernos propios, constituyeron un Gobierno jeneral para atender a determinados intereses de carácter nacional, i todos declararon que era base invariable de su unión el reconocimiento i garantía de los derechos individuales claramente expresados en el pacto federativo. Quedó así constituida la centralización política, esto es, la patria común por la común garantía del derecho, i la descentralización administrativa que entrega i las diversas condiciones de cada agrupación autónoma, el cuidado de reglar la práctica de aquel derecho i la administración de los intereses de la localidad.

Al poner la última mano a esta evolución, anunció a los colombianos el Presidente del Congreso que la revolución de 1810 estaba terminada, frase que si carecía de verdad en cuanto al fondo, porque, como se ha observado, nadie sabe en dónde principian ni en dónde acaban las revoluciones de ideas, era verosímil por el momento, aplicada a la agitación de los partidos i a sus trabajos de organización i de debate activo.

Suprimió, sin embargo, esa parcial verosimilitud el carácter del hombre que dirigía la política gobernante, siendo, como era entonces i como es hoy mismo, un conservador del tipo español i francés, que comprende las tareas del Gobierno como de represión, clasificación i castigo. “Reprimir i castigar,” hé aquí todo el programa gubernativo de semejantes hombres.

Ensayó practicarle el señor Ospina en los momentos mismos en que las nuevas instituciones reclamaban más tacto, imparcialidad i sentido patriótico, para probar bien i arraigarse en el corazón de los

ciudadanos; i dió principio a su funesta tarea fomentando abiertamente la rebelion que los desordenadísimos partidarios del orden habian promovido en una de las tres secciones en que preponderó oficialmente la idea liberal.

Era ésta el Estado de Santander, cuyas instituciones locales habia dictado un puñado de jóvenes llenos de talento, de buena fe i de inesperienza, dominados por la idea de suprimir el Gobierno, i de constituir en su reemplazo un Estado-policiá, que se limitase a impedir los atentados contra la vida i la propiedad de los ciudadanos. Instruccion, caminos, correos, administracion municipal &c, &c todo esto quedaba entregado a la iniciativa individual. El impuesto era único i directo, i arrancaba de la honrada declaracion de sus haberes, por parte del mismo contribuyente. Apenas eran convulsivas las leyes, i el llamado Gobierno no debia contar en cualquier emergencia sino con la opinion que voluntariamente acudiese a apoyarlo i servirlo.

Este bello poemita, que es poco más o ménos el que con diversos acompañamientos, i limpia i sonora voz nos canta dia a dia el señor Rodríguez, disgustó a los mismos liberales santandereanos; pero es claro que para sustituirlo con la prosa de la política práctica, no habia necesidad de apelar cobardemente a la violencia.

Los partidarios del orden incurrieron sinembargo en esa cobardía, i despues que el jóven Presidente del Estado, — alma cándida i heroica — inteligencia llena de sueños i relámpagos como la de Bilbao — logró someterlos i desarmarlos a fuerza de jenerosas temeridades (abríales los brazos i mostrábales el pecho indefenso, en medio de los fuegos, invitándolos a la reconciliacion i la paz) tuvieron el coraje de rehacerse, de volver sobre el magnánimo magistrado i de darle muerte, sin que los desarmara su heroismo, ni su bello carácter i la jentileza misma de su rostro i cuerpo.

Esta neroniana cobardía salvó al Gobierno liberal de Santander, pero irritó profundamente al partido liberal de toda la República. Estalló a poco otra rebelion de los amigos del orden en el Estado del Cauca, que obedecia a la influencia liberal, tambien fomentada por el Presidente Ospina; pasó luego a la antigua Universidad, i con ella el Colejio de San Bartolomé, cuna de los letrados que prendieron la luz redentora de 1810, a manos de los jesuitas, i por último, como para poner el colmo a tantas provocaciones, el Gobierno jeneral, simple delegacion de las autonomías federadas, propuso e hizo pasar en las Cámaras una lei por la cual el apoderado imponia reglas al poderdante para el efecto de constituir los poderes; lei que tenia por único objeto confiscar en provecho de los conservadores la funcion del sufragio i consiguientemente la direccion de la cosa pública, dejando sin repre-

sentacion legal toda opinion i partido contrarios. A este reto audaz se unieron bien pronto a guisa de comentarios ilustrativos los mensajes del señor Ospina, en los cuales el autor dividia a la Nacion en dos bandos; uno de jente católica, trabajadora i propietaria que formaba— cómo no!—el partido conservador, i otra de jente “baldía,” corrompida e inquieta. Meter en vereda a esta última, que formaba las filas liberales, i dar esclusivamente a la primera la direccion de todo el movimiento social i político, era en concepto del Presidente Ospina i de su círculo, el único deber i la necesidad ineludible de los verdaderos conservadores, al efecto resellados con el mote, ministerial en su orijen, de “conservadores de tuerca i tornillo.”

Difficil era conservar la calma i adherirse a las pocas reliquias que quedaban de la legalidad, en presencia de tantas i de tan irritantes provocaciones. Sin embargo, la fraccion doctrinaria del partido liberal, que desde la prensa habia formado i dirijia la opinion, no perdió su sangre fría e insistió en buscar el remedio para tanta iniquidad i torpeza, dentro de las vias pacíficas i sin romper con la legalidad. Esperaba conciliar la de los Gobiernos locales de Santander, Cauca, Magdalena i Bolívar, que eran liberales, con la del Gobierno central, mediante el restablecimiento para aquéllos i éste de los linderos trazados por la Constitucion. Alentábalo en este plan la perspectiva de una próxima mutacion del personal ejecutivo, pues ya espiraba el cuatrienio del señor Ospina, i los conservadores, por una equivocacion que luego rectificaron con la mayor audacia, habian proclamado candidato al Jeneral Herran, en la creencia de que era el mismo hombre de 1843. A los liberales les constaba lo contrario; sabian que Herran, huésped del hogar norte-americano por más de doce años, habia rehecho allí su educacion política, i que volvia al país rejenerado i aun agrandado por el espectáculo de la libertad americana i con un estudio profundo de las instituciones federativas. Esperaban, por tanto, i no sin fundamento, que el futuro Presidente rompería con la política de reaccion, i volvería a poner el tren sobre los rieles constitucionales.

El partido liberal no vaciló más. Con enerjía de leon, pero con profunda tristeza, aceptó el reto, peleó año i medio, venció a sus contrarios en lid leal, i dueño del poder, decretó una ámplia amnistía, i otra vez organizó i volvió a gobernar sin inconsecuencia i sin miedo, la república liberal, democrática i federativa, que ha sido su constante ideal.

Las instituciones que reorganizó en 1863, son poco más o ménos las mismas de 1858, salvo las mayores garantías de que rodeó la autonomia de las secciones, el ensanche dado a los derechos individuales

que continúan siendo base sagrada, piedra fundamental del hogar patrio, i las medidas que dictó para encerrar al clero dentro de su Iglesia, ahuyentándolo del campo político en que siempre fué tan dañino.

VI

Antes de entrar a juzgar del carácter de la última revolucioin i del de las medidas tomadas por el Gobierno que logró vencerla, es indispensable esponer compendiosamente en qué situacion se hallaban i de qué garantías estaban rodeados el partido conservador i el clero católico de Colombia, no solo en los momentos en que uno i otro se lanzaron a la guerra, sino desde aquél en que perdieron la partida que provocaron con su insensata conducta de 1860.

El partido conservador colombiano, óigase bien, no solo era profundamente respetado en su calidad de partido opositor, sino que ejercia el Poder político en aquellos Estados de la Union en que estaba o parecia estar en mayoría.

Con efecto, apénas organizado el órden constitucional de 1863, i precisamente cuando la Nacion se hallaba empeñada en una guerra internacional, los conservadores antioqueños derribaron a balazos el Gobierno de su Estado, que era liberal, i por sobre los cadáveres del Gobernador muerto en la demanda i de su bizarro Jefe militar, el señor José Antonio Plaza, fueron a proponer a los Poderes de la Union que se les reconociese como Gobierno, ofreciendo en cambio el cumplimiento estricto de la Constitucion federal i la obediencia a las leyes que seis meses atras habian combatido con las armas en la mano. Urjíales llegar al poder, i a trueque de obtenerlo no tenian embarazo, ellos los políticos consecuentes, ellos los católicos escrupulosos, en jurar que cumplirian las leyes sobre desamortizacion de los bienes de la Iglesia, estincion de comunidades i completa absoluta prescindencia de los poderes del Estado en los asuntos relijiosos.

Imponian las instituciones recién fundadas el deber de respetar la decision de las mayorías locales, una vez regularizada la forma de sus procedimientos, i ademas, el partido liberal habia peleado, entre otros principios, por el del escrupuloso respeto en que debía tenerse el derecho de cada Estado a darse un Gobierno de su eleccion, siempre que él tuviese por cimientos los del pacto federativo.

En consecuencia, sin parar mientes en la oportunidad, cuando ménos sospechosa, elejida por los revolucionarios de Antioquia para consumir su obra, i ahogando en el corazon el dolor que producian muertes como las de Bravo i Plaza, liberales del poder central, aceptaron las

propuestas antioqueñas, i quedó desde entónces en manos del clericalismo el Gobierno de aquella importante seccion.

Años despues entraron a gobernar igualmente i no por medios mui limpios ni correctos el Estado del Tolima, i aun hubo un momento en que dispusieron tambien del de Cundinamarca, asiento de los poderes federales, el que perdieron a poco por haber disuelto arbitrariamente (los conservadores del orden!) una Asamblea legal en su orijen i en sus procedimientos.

Es el hecho que para 1876 ese partido, que en el presente año se ha suicidado poniéndose a las órdenes del clericalismo, disponia del Gobierno de dos Estados, balanceaba la situacion en los del Magdalena i Cundinamarca i estaba representado constantemente en las legislaturas de los del Cauca, Boyacá, Panamá i Santander.

De más de esto, no bien disipado el humo de la última descarga en la guerra de 1860, reorganizó su prensa i en ella predicó constante i libremente la insurreccion o la resistencia, hizo calorosa defensa del efimero trono levantado en Méjico por el déspota frances, atenuó la responsabilidad española en el Pacífico, i en los últimos dias envió primero sus aplausos, luego sus pésames a la anticualla borbónica que hasta la misma España ha rechazado.

Verdad es que no todos los órganos de su prensa sirvieron a tan triste programa, i aun algunos hubo que léjos de secundarlo lo combatieron vivamente, así como sostuvieron que era condicion indispensable de vida para el partido conservador el separar su causa de la del clero reaccionario i violento. Pero estas notas discordantes fueron pocas i al fin terminaron ahogadas por el clamor que vociferaba como programa único un solo partido, el católico, con el *Syllabus* por toda bandera.

Al ejercicio de la prensa libre, en la cual legaron a tener más de diez órganos, unian los conservadores el amplio ejercicio de los derechos de reunion i asociacion. El pais estaba anbierto de sociedades católicas, en cuya tribuna se hacia diariamente el proceso de la civilizaci6n moderna, i se execraba con franqueza la República democrática. En ellas cultivaban a sus auchas, i difundian sin tropiezo la literatura neo-católica, plañidera contra todo progreso, hurafia en sus reglas, arcaica en sus vocablos, intransigente en sus juicios, i que se refugia en la escolástica para detener el vuelo a la imaginacion i la osadía investigadora al pensamiento.

Tenian así poder como Gobierno, poder i autoridad como oposicion, medios eficaces de apostolado como escuela. Tenian todos los derechos, ménos el de ensangrentar al pais, i los ejercian con perfecta seguridad.

A la postre tacharon las últimas elecciones nacionales de viciosas

i espúreas, no obstante que los candidatos que compartieron los votos, fueron todos liberales; i sin embargo ellos mismos borraron tal cargo, puesto que sus Representantes en el Congreso de 1876, fueron de los que firmaron la alocucion al pais en que se aconsejaba la paz i se pedia respeto i obediencia para la autoridad del nuevo Presidente.

Preguntamos ahora ¿es sectario un poder, es inicua una legislacion bajo de los cuales un partido derrotado en los campos de batalla i desacreditado por sus anteriores excesos, logra recobrase a tal punto, i ejercer plenamente sus más esenciales derechos? ¿I es defensible este partido, cuando cambia situacion tan respectable i poderosa, por los males i los tremendos sacrificios de una guerra civil, envenenada además por el fanatismo?

Pues el clero, como clero, no disfrutaba de ménos garantías i aun podemos agregar que gozaba de no pocas prerrogativas.

La Administracion Murillo, que fué la primera verdaderamente constitucional que hubo en el pais, una vez terminada la lucha de 1860, puso a un lado todo el aparato de represion i vijilancia excesivas, montado por el Jeneral Mosquera, i dejó a la Iglesia i a su clero completamente libres, hasta el punto de relajar en más de una ocasion deberes de defensa esenciales para la seguridad del Estado.

Obispos i curas dirijian a su sabor el rebaño, i hacian la esquilma sin que nada ni nadie los inquietara. Libremente se entendian con el Papa i éste elegia con completa libertad i cabal desacierto para las sedes vacantes, llegando a verse Obispos, como el Canato de Pasto, que nunca tuvieron otro mérito que el de haber sido canutillos de pólvora quemados en las guerras civiles.

Respetábanse los templos, respetábase el culto en todas sus manifestaciones, hasta en aquellas que perjudican derechos de tercero, verbigracia, los del libre tránsito, por las procesiones en plazas i en calles públicas.

Ya en la cátedra sagrada, ya en sus pastorales, curas i Obispos discutian, o mejor, tronaban libremente contra la impiedad de los Gobiernos e instituciones liberales, i si alguna autoridad civil subalterna, por demasiado azoradisa, hacia observaciones o intentaba poner correctivo, ahí estaba el Gobierno jeneral que se apresuraba a imponerle respeto para el derecho de palabra de los sacerdotes i Obispos.

Dentro de ese mismo período la Iglesia reunió Concilios provinciales, discutió en ellos con perfecta libertad sus asuntos, adoptó i llevó a cabo lo que le pareció más conveniente, sin que tales reuniones fueran objeto de ninguna censura, ni de la más leve vijilancia de parte de las autoridades.

El mismo clero i sus aliados los conservadores, que tanta i tan

cruda guerra hicieron al estado docente, hasta el punto de convertir en charca inmensa de sangre la polémica contra las escuelas; ejercian a sus anchas el derecho de dar i recibir enseñanza; tenian colejos, tenian escuelas i montaron universidades católicas, llevando a sus clases, sin que nadie se lo estorbara, una numerosa juventud. Mui bien sabe esto el Redactor del *Independiente*, puesto que hará cuatro años que en esas mismas columnas en que hoy estampa el insulto contra los liberales colombianos, hizo el elogio de éstos, al aplaudir i envidiar para su pais, la creccion libre de la Universidad católica de Antioquia.

Otro motivo de desarme para las pasiones del clero colombiano, era lo que acontecia con muchos de los hombres que elejidos para custodios i ejecutores de las instituciones liberales, continuaban sin embargo fieles a sus creencias católicas, poniéndose así de relieve lo admirable de la solucion liberal, que con un Estado prescindente en materia de religion, permite i fomenta el progreso, la intensidad i las ventajas del verdadero sentimiento religioso. Los Presidentes Salgar i Pérez practicaban públicamente sus deberes como católicos, sin que nadie se inquietase por ello: se sabia que bajo de instituciones de libertad, todo el mundo puede rendir culto a Dios en completa conformidad con sus creencias, i que el magistrado católico que oia misa no tenia facultad para obligar a nadie a hacer otro tanto contra su voluntad.

Otro punto de vista desde el cual es menester juzgar la última rebelion, a sus autores i las medidas de Gobierno dictadas para reprimirlos i escarmentarlos es el de la situacion moral i material del pais, en el momento en que estalló el petardo católico.

Esa situacion no podia ser más lisonjera i prometedora.

Desde 1870 habia comprendido el partido liberal gobernante, que era necesario fortificar i regularizar el progreso político ya alcanzado, completándolo con el progreso educacionista i el de las vias de comunicacion. En consecuencia, acometió la obra de dotar al pais con un sólido sistema de instruccion primaria, i científica-superior, i con una red de telégrafos, carreteras i ferrocarriles en proporcion con sus recursos económicos.

Fueron brillantes resultados de esta segunda jornada del liberalismo gobernante: el establecimiento de escuelas normales servidas por preceptores de pedagogia, al efecto contratados en Europa: la asistencia de *ciento cuatro mil* niños a las escuelas primarias perfectamente paramentadas: la organizacion i fecundas labores de la Universidad nacional a la que están anexas una escuela de medicina, otra de ingenieros, otra de artes i oficios, otra de ciencias físicas i naturales i una academia de pintura: la dotacion con útiles i enseres comprados en las mejores fábricas de Europa, de dichos establecimientos, i de un laboratorio

de química: un gasto anual para el servicio de la instruccion de más de millon i cuarto de pesos, a tiempo que el Ejército o cuadro de la Guardia colombiana, compuesta de solo mil soldados i oficiales consumia tan solo de 8 a 400,000 pesos: la construccion de varias carreteras en los Estados del centro: la del ferrocarril entre Barranquilla, puerto fluvial en el Magdalena i Sabanilla, puerto marítimo: la iniciacion del gran Ferrocarril del Norte, con los sobrantes del Tesoro nacional: la subvencion para el ferrocarril entre Medellin i el rio Magdalena, emprendido por el Estado de Antioquia: el servicio puntual de las deudas interior i exterior: la reduccion de esta última, por arreglos con los acreedores, de treinta a diez millones de pesos cuyos bonos del 4 por 100 se cotizaban en Lóndres i Amsterdam inmediatamente despues de los brasileros i chilenos: la creacion i la organizacion floreciente de nuevas industrias para la esportacion: próspera marcha de cinco Bancos de jiro, descuento i emision: el aña colombiano llegó a ser el primero en los mercados del mundo: el tabaco venia despues del de Cuba: gracias a la competencia, producto de la libertad en la navegacion a vapor del Magdalena, los fletes baratos permitian la esportacion del metal en bruto de los minerales del Tolima: surjian los estudios i la prensa científica: el sabio Triana recibia auxilios para publicar en Europa *La Flora Colombiana*, i los *Anales de la Universidad* eran citados con elojio por sociedades científicas estranjeras.

En una palabra, Colombia principiaba a hacerse conocer i citar en el mundo por algo más que por la estéril elocuencia de sus discusiones i polémicas o por el estridor de sus luchas armadas, i el partido liberal solo necesitaba para salir avante en su empresa, que se organizase al frente i pisando el terreno de la Constitución, un partido conservador verdaderamente digno de este nombre, que lo equilibrara en la oposicion, lo contuviese i vijilase por las vias del derecho, i llegado el caso lo reemplazase en el poder, no con el objeto de destruir i reaccionar, sino para conservar lo hecho i proseguir en la obra.

I hé aquí que cuando más necesaria era esa ponderacion se encuentra por todo contrapeso i equilibrio con la anticualla inepta de una faccion neo-católica, que enloquecida de furor, ciega de ira, apelada guerra, se lanza a ella desatentada i la hace con desesperacion.... En servicio de qué causa?

En servicio del *Syllabus*, i soñando con la locura de desandar todo el inmenso camino hecho desde el 20 de julio de 1810!

VII

Dos pretextos tuvieron clero i partido conservador, ya reunidos en una sola falanje, para lanzar al pais i lanzarse ellos mismos en el abismo de una nueva guerra civil.

Alegó el primero, con profunda mala fe i cerrando los oídos a todo acomodamiento sobre el particular, que el régimen de instrucción pública vijente, tiranizaba las conciencias católicas i minaba por su base la moral i el dogma de la Iglesia.

Agregaron a su tiempo los conservadores, que el Gobierno central no tenia derecho de intervenir en la revuelta que promovieron en el Cauca; i cuando aquél lo hizo en defensa de las instituciones nacionales, amenazadas de muerte, clamaron que la Constitucion habia sido violada i declararon que quedaban rotos todos los títulos de sumision i obediencia a las autoridades constituidas.

Analizaremos, siquiera sea brevemente, estos pretextos.

Al ver erijida en causa de guerra la vijencia de un plan de instrucción, que por la sola virtud del sufragio i la inevitable alternabilidad de los partidos, podia ser o derogado del todo o sustancialmente modificado, los espíritus serenos que asisten a tan extraño espectáculo no podrán ménos de suponer, o que el tal régimen escolar es régimen de esclusion i privilejio, o que efectivamente ha sido ideado para corromper la moral i trastornar las nociones relijiosas del pueblo.

Nada está, sinembargo, tan distante de la verdad como semejantes hipótesis.

La institucion del Estado docente es en Colombia, como en las demas Repúblicas hispanas, una antigua institucion patria cuyo orjén se confunde con el de la Independencia. Fueron nuestros gloriosos padres, los Hombres de 1810, los primeros que comprendieron la necesidad de elevar el nivel moral e intelectual de nuestras masas, abriéndoles al efecto las puertas de la instrucción. Sabian ellos mui bien que los sacrificios de la revolucion emancipadora resultarían estériles si la corriente de las nuevas instituciones habia de rodar por el cauce tortuoso i emposadizo de los viejos hábitos i costumbres coloniales, i en consecuencia i a imitacion de Washington que recomendaba a sus compatriotas la escuela como la mejor salvaguardia de la libertad, ensayaron, en medio de la tormenta, o encargaron a sus sucesores, educar las multitudes recién redimidas del yugo material, pero todavía moralmente esclavas por su ignorancia. I tan lójicos fueron a este respecto, que sus opositores los peninsulares perseguian de muerte toda institu-

una docente, i alguno de ellos, dirijiéndose al Capitan jeneral de Venezuela, escribia estas gráficas palabras: "creo aseguradas sólidamente estas poblaciones la causa del rei i de la paz pública, porque por aquí no ha quedado vivo un solo hombre que sepa leer i escribir."

El partido liberal colombiano, al reorganizar como organizó en 1870 tras de largo interregno de inercia i abandono un vasto plan de instruccion primaria i científica independientes, no hizo pues otra cosa que continuar la obra santa de los fundadores de la Independencia, de la misma manera que son continuadores de la de los peninsulares, los que atacan la escuela i el colejio público, i alzan banderas por la causa de la "santa ignorancia."

Por otra parte, el réjimen educacionista colombiano no coarta en lo más mínimo las libertades de enseñanza i de profesiones que allí están garantidas, i no como se quiera, sino por el texto espreso de la Constitución.

En ejercicio de ellas, el clero i sus adeptos han mantenido un vasto sistema de instruccion sectaria, que principiando en los seminarios de cada diócesis terminaba muchas veces en las mismas escuelas públicas de los Estados o municipios en que el partido conservador ejercia preponderante autoridad.

Libremente han enseñado sus dogmas i principios, no solo en la cátedra de la prensa, sino en la sagrada de los templos; no solo en sus asociaciones propagandistas i de enseñanza oral sino en numerosos colejos i escuelas, que fundaban a título i con la recomendacion de ser especialmente católicas.

Ultimamente montaron una Universidad por el estilo de las de la Edad Média, para oponer su doctrina i su enseñanza a las de la Universidad nacional.

Nadie los inquietó en esas tareas: su derecho de dar i recibir la enseñanza de su libre eleccion, fué profunda i constantemente respetado.

Sabian los liberales, sabia el Gobierno que en esa Universidad i en los colejos ultramontanos se enseñaba el desprecio del poder civil, el odio a la tolerancia i los principios más contrarios a los que son fundamento de la República democrática, i sin embargo, llenos uno i otro de fe en el poder i eficacia de la libertad, esperaban con absoluta confianza que el choque de tan encontradas doctrinas no habria de ser dañino sino por el contrario altamente beneficioso para la causa del progreso.

Aparte de esto, la misma enseñanza que el Estado paga i sostiene es completamente libre, hasta el punto de admitir en los rangos universitarios, a título de profesores rentados, a muchas de las notabilidades ultramontanas i de abrir campo neutral en sus publicaciones a la controversia de escuelas opuestas. Los *Anales de la Universidad* registran,

entre otros, los documentos de la que se suscitó por los años de 1869 i 70 en el Cuerpo de profesores, sobre los principios de la escuela utilitaria; i el señor Caro, Redactor del famoso *Tradicionalista*, pudo defender libremente la titulada escuela trascendentalista u ontológica.

Otro hecho que comprueba el alto desinterés i el ningún espíritu de secta con que está organizado en Colombia el ramo de instrucción, es el nombramiento que recayó en 1870 en la persona del antiguo Presidente de la República, el ilustrado conservador i sincero católico señor Mallarino, para desempeñar el importante destino de Superintendente de la Instrucción primaria. Aquel noble soldado de la civilización no solo aceptó el destino, sino que tuvo la buena suerte de rematar su fecunda existencia, mientras peleaba gloriosa batalla contra la ignorancia i los ignorantistas.

El carácter laico de esa institución es, por otra parte, ineludible resultado del precepto constitucional, que prohíbe al Gobierno intervenir en los asuntos de religión, para cuanto no sea garantizar las creencias i los cultos que son compatibles con la seguridad i orden públicos; principio que los conservadores, hoy auxiliares de la propaganda ultramontana, aceptaron de grado así en 1853 como en 1856. El deslinde de las dos potestades i la erección en derecho individual sagrado, de la creencia libre i el culto libre, exigen imperiosamente que el Estado legisle en materia de registro civil, de matrimonio i cementerios, i sobre todo i ante todo, que haga de la escuela laica el centro i el hogar de la familia cívica, llevando a sus bancos i unificando allí por la educación para la práctica de un común derecho, a los que divide i separa la cuestión religiosa.

Ello no obstante, jamás entró en la mente del Gobierno federal colombiano ni en la de los Gobiernos locales que lo secundaron en su obra, cerrar a los sacerdotes las puertas de los colejos i escuelas. Por el contrario espresamente se dijo i más luego se pactó, que si el Estado no podía ni debía imponer creencias, tampoco estaba en sus facultades impedir que los padres de familia condujesen al sacerdote de su elección hasta los bancos ocupados en la escuela por sus hijos. Autorizóse en consecuencia a los párrocos para que dictasen la enseñanza religiosa respectiva, i se dieron órdenes análogas, que fueron fielmente cumplidas, a los Directores de todos los establecimientos de instrucción pública.

¿Qué más podía pedirse a un partido que profesa el principio de las religiones libres, i a un Gobierno que ha jurado respeto i obediencia a la ley que consagra tal principio? ¿Ni qué más podían exigir tampoco aquellos que, con orden de “predicar la verdad a las jentes,” saben que se les abrirán de par en par las puertas de las escuelas, sin más

condicion que la de que se les abran tambien los corazones de los alumnos? ¿Qué otro derecho sino el de predicar i enseñar libremente, reivindicó la Iglesia en la lucha contra la intolerancia pagana que pretendia obligar a creer?

I sinembargo, la inaudita demencia o la fria e insistente complicidad política de una parte del clero colombiano, no se dieron por satisfechas con tan oabales soluciones.

Léjos de esto, redobláronse las hostilidades contra las escuelas públicas, sobre todo de parte de los iracundos Obispos de Popayan i Pasto, hasta el extremo de poner en entredicho a muchas poblaciones, por el solo delito de no haber desertado de su escuela, i al fin llegó el momento, con tanta avidéz azechado por los facciosos, en que colocado el padre de familia entre sus deberes como ciudadano i sus deberes como creyente, hubo de optar, sin más aplazamiento, o por el fusil contra la paz pública, o por la escomunion, contra su Iglesia.

Momento lúgubre aquel en la insensata labor episcopal!

Pero el sentimiento de una civilizadora prevision animaba al Gobierno jeneral, i él sujió la idea de enviar al Cauca un comisionado espreso, que fuese a solicitar de los dos Obispos la paz i el rescate de la sangre colombiana, ofreciendo en cambio todo jénero de garantías para el interes de la instruccion relijiosa que tanto parecia preocuparlos. El Gobierno imploró así la paz, la pidió, puesto de rodillas, como alguien ha tenido el valor de confesarlo aquí mismo, defendiendo a los insensatos que la rehusaron; i los Obispos a quienes tales súplicas iban dirijidas, no solo las desatendieron obstinadamente, sino que uno de ellos, el indigno inmediato sucesor del ilustre i caritativo señor Tórres, llevó su demoniaca obstinacion hasta negar una simple audiencia al comisionado del Gobierno! No se queria enseñaanza pública de ningun jénero, i aun se llevó la ceguedad de la osadía hasta insinuar que no habia más remedio para los males del país, que el de volver inmediatamente a la unidad relijiosa i a la vieja intolerancia, erijidas en institucion!

A tiempo que el clero del Cauca, ardientemente secundado por el de Antioquia, desembozaba así sus planes, masas de hombres armados i organizados en Antioquia i Tolima bajo el patrocinio de sus Gobiernos i con elementos de sus parques, invadian el territorio caucano i, arrogándose la personería del pueblo de aquel Estado, apellidaban guerra contra su lejítimo Gobierno i pretendian hacer pasar por asunto local el comienzo de la jeneral conflagracion, tan de antemano urdida i meditada. La táctica de esta conducta consistia en aislar, dividir i aun paralizar la accion poderosa de las autoridades federales, i a pretesto de movimientos internos en los que todos los facciosos se presta-

rian mútuo auxilio, comerse la alcachofa hoja por hoja. En una palabra, queríase la descentralizacion del poder ante la centralizacion de la revuelta.

Como es de presumirse, ni la opinion liberal, ni el Gobierno se dejaron engañar por trama tan burda, i el segundo, en cumplimiento de deberes constuncionales ineludibles, acudió al Cauca con sus fuerzas i allí inició el desarme, sometimiento i magnánimo castigo del “partido católico,” alzado contra las leyes del pais i contra toda la civilizacion de nuestra época.

Más de diez mil vidas sacrificadas, más de seis millones de pesos gastados en pólvora i balas, i el atraso i el aniquilamiento de la Nacion en una lucha que allegó Ejército de veinte i treinta mil hombres, son los gajes del primer ensayo o aplicacion a América de la política del *Syllabus*.

Pueda tan tremendo ejemplo aleccionar a las demas Repúblicas i especialmente a aquellos de sus partidos conservadores que aun no hayan capitulado con el ultramontanismo!

VIII

Sostenemos que el partido liberal colombiano, léjos de haber abusado cobarde e inconsecuentemente de la victoria obtenida sobre la más odiosa i estemporánea de las sediciones que han combatido su autoridad como Gobierno, ha sido en esta vez tan magnánimo i se ha mostrado tan contenido i prudente como en las más señaladas ocasiones de su historia, toda ella limpia de odiosas proscripciones.

Una vez declarado el restablecimiento del orden (i lo fué casi a compaz con los últimos disparos de la lucha), cesaron las medidas de hostilidad que son inherentes a la guerra. Vencidos i desarmados los rebeldes, todos ellos, salvo contadas escepciones, han vuelto, tranquilamente a sus casas, sin que la pretendida justicia de los procesos políticos haya seguido sus pasos. En Colombia no hai actualmente un solo individuo preso o perseguido de orden de la autoridad por consecuencia de sus compromisos en la contienda, i a nadie se ha desterrado, con escepcion de los cuatro obispos que enrojecieron con la sangre de sus ovejas sus hábitos sacerdotales. Los pocos colombianos que hoy están fuera del pais, se ausentaron solo mientras duraba la lucha, en cumplimiento de las condiciones de una capitulacion espresa, i si insisten en espatriarse, lo hacen de grado, tal vez porque les gusta pasar por víctimas, sin serlo en realidad, i hablar el lenguaje melodramático i un tanto especulador de la proscripcion simulada.

Seguramente no han faltado en algunas partes del país excesos lamentables i retaliaciones individuales lastimosas; pero las autoridades por una parte, i los liberales educados por otra, han sabido reprimir i castigar tales excesos, afrontando para ello todo jénero de peligros.

Tambien es verdad que se ha cobrado a los vencidos una mínima parte de los gastos de la guerra que promovieron, pero esto es inevitable en tales casos, i ademas, los pretendidos defensores de la propiedad que hoy se muestran tan sensibles al pago de pequeñas cuotas de empréstito, no tuvieron escrúpulo alguno al barrer las haciendas de los liberales cuando ellas caian bajo su garra durante la lucha. Los dioses de la guerra tampoco son de la categoría de los que se alimentan solo con ambrosía, i si se quiere que no haya escaciones extraordinarias, lo cuerdo es no evocar el infernal olimpo de la discordia armada.

I no es únicamente en la hora de la victoria, que el partido liberal ha sabido contenerse por la prudencia i elevarse por la magnanimidad. Tambien mientras duró la brega, lejos de flaquear, brilló cual nunca la jenerosidad de su temperamento. Ningun campo de batalla recibió sangre deslealmente vertida, salvo la que masas de oríjen africano, irritadas por el recuerdo de su servidumbre i la lucha con sus antiguos amos, derramaron odiosamente en la ciudad de Cali. Aparte esta lúgubre escepcion, severamente condenada por los liberales ilustrados i por los pueblos reflexivos del centro i norte de la República, los vencidos fueron respetados donde quiera que rindieron sus armas. Los boletines de la guerra están llenos de las gallardías del Ejército constitucional. Aquí se aceptaba capitulacion escrita i se daba salvo-conducto a Jefes i Oficiales ya tomados sobre el campo de batalla: en otra parte (al frente de las trincheras de Antioquia) se suspendia el fuego i aun replegaban los vencedores, a fin de dar tiempo i lugar al enemigo para que recobrase el cadáver de algunos de sus Jefes — Antioquia mismo, ese reducto, el más formidable i costoso para la República, del rebelde ultramontanismo, contó desde un principio con las garantías de un Jefe como Trujillo, que aun por confesion de sus adversarios, tiene tanta aptitud para vencer como para gobernar blandamente i con magnanimidad.

En una palabra, la victoria liberal no ha sido severa sino con los que han sido i son enemigos implacables del reposo que el pueblo colombiano apetece: del fecundo reposo de la libertad. I de entre esas mismas severidades, algunas dejan de parecerlo si se las juzga en relacion con los antecedentes que las han motivado, i otras son perfectamente defensables.

Hiere, es verdad, i estraña dolorosamente, al primer golpe de vista, el que un Congreso, arrogándose facultades de Juez i pretermitiendo

fórmulas esenciales, decreta el estrañamiento a perpetuidad de cuatro colombianos; pero el juicio que sobre esta severidad recaiga tiene más de un poderoso motivo de atenuacion.

Si el Gobierno de Colombia se ha visto forzado a dictar esta medida estraordinaria de policia, es precisamente por el desarme en que lo han dejado de tiempo atras las exajeraciones jenerosas del partido liberal de aquel pais.

En Colombia no se reconocen, i portanto no se castigan, los llamados delitos politicos. El Derecho de jentes, incorporado a la Constitucion, para los casos de guerra, resuelve allí todos los conflictos que suscita la discordia armada. El partido liberal, autor de tal innovacion, quiso desarmar con ella los odios civiles tan enardecidos hasta 1860 por la intransijencia que es característica de sus adversarios, i abrir a la paz i a la conciliacion nuevos caminos, o por mejor decir, nuevos puerros de abrigo contra la tempestad de las pasiones. Bajo de este réjimen, i miéntras dura la lucha, no hai sino belijerantes que deben hacerse guerra civilizada, i que a todas horas pueden pactar la paz, sin humillaciones, ni temor a futuras represalias. Terminada la lucha, la legalidad recobra su imperio, i ya no hai vencidos ni vencedores; no hai más que autoridades contenidas i responsables, ciudadanos con derechos i con garantías para ejercerlos.

El Gobierno iba a hallarse así inerme i otra vez a la merced de los cuatro insensatos que apoyándose en la hidra del fanatismo e irritándola adrede i sistemáticamente acababan de inundar en sangre al pais i de retrasar un cuarto de siglo por lo ménos su progreso. ¿Debió aceptar semejante situacion? ¿Le era lícito volver a comenzar la partida con jugadores desalmados, partida que ya se pierda o se gane el pueblo paga siempre, abriéndose las venas i barriendo sus hogares? ¿Era prudente, era siquiera honrado, era racional tan solo que surjiese otra vez el conflicto atroz i estravagante de la escuela maldecida en nombre de Dios, abierta por la lei e impuesta al ciudadano? ¿Qué habria dicho el pueblo el dia en que, levantado por segunda vez el fanatismo, a esfuerzo de los cuatro Obispos i de sus cómplices, el Gobierno hubiese ido a pedirle de nuevo su sangre para rescatar con ella, no simplemente la escuela, sino la soberanía nacional que es contra quien de preferencia conspira el ultramontanismo?

Indispensable era alejar los principales motivos del conflicto, o reconocer tácitamente, por una solucion contraria, que la lucha se habia aceptado nada más que para derramar inútilmente la sangre de los ciudadanos que acudieron a la defensa de las instituciones.

No haya miedo tampoco de que ese estrañamiento sea en realidad perpetuo como lo reza por hoi la lei. El temperamento sanguíneo-ner-

risco de los partidos liberales se aviene mal con la fría implacabilidad, es seguro que apenas se cicatricen un poco las hondas i onconadas heridas que infiriera el háculo convertido en espada, la lei aquella será derogada, o cuando ménos atenuada.

Ella no comprueba tampoco odio sistemático u odio del momento contra el clero, como lo dan a entender ciertos críticos. Que los Obispos espatriados fueron los principales autores de la guerra, es un hecho que nadie podrá revocar a duda, pues tendria para ello que luchar con la evidencia. Que se les espatria, no por odio al carácter que revisten, sino por lo odioso i criminal de su conducta, lo demuestra la circunstancia de limitarse a ellos solo las medidas de rigor. Ni la lei ni las autoridades han hablado con el Arzobispo metropolitano señor Arbeláez, ni con los sufragáneos de Pamplona, de Panamá, de Cartajena i de Divona. Al frente de sus iglesias continúan todos ellos, i miéntras permanezcan dentro de su ámbito sagrado, serán no solo respetados, sino eficazmente garantidos por las autoridades civiles.

Luego toda la pretendida persecucion contra la Iglesia, sus dogmas, su Gobierno, su culto, ha quedado reducida a alejar del teatro de la lucha, aún cubierto de combustible, a los cuatro insensatos que en vez de apagar el fuego i predicar la paz, andaban, tea en mano, prendiéndolo i atizándolo.

Tan léjos estuvo el Congreso colombiano de obedecer a miserables sentimientos de odio contra el clero i contra los principios católicos, que en el período de sus sesiones inmediatamente anterior al de este año, votó efusivas manifestaciones de aplauso i de respeto para uno que otro sacerdote humilde, que en silencio, pero con santo fervor, trabajaban por la paz i se interponian entre los hermanos armados, pidiéndoles tuvieran piedad de la patria i de ellos mismos.

Ménos cierto es todavía que el liberalismo colombiano en masa odie i rechace la doctrina católica, su Iglesia i sus ministros. Por el contrario, sinceramente católicos son por lo ménos las dos terceras partes de los liberales de aquella tierra: la Iglesia los cuenta como suyos para todo lo que es la práctica sincera de sus doctrinas de amor i caridad, i ántes del funesto golpe de mano que en el seno mismo de la comunidad católica arrebatara la libertad a las conciencias i la dignidad a la razon humana, crijiendo una dictadura infalible, las cuestiones religiosas poco o nada se mezclaban en la evolucion ordinaria de los partidos políticos colombianos. Allí como en todas partes, habia libres pensadores que eran conservadores en política, i liberales que eran católicos en relijion. Respetábase al clero que era respetable, i prelados hubo como Herran, como Tórres, como Toscano &c, ante cuyas bellas virtudes se inclinó siempre con emocion i profunda simpatía todo el

partido liberal. Fué menester que el golpe de autoridad del Vaticano anatematizase la causa de la libertad i obligase al creyente a optar entre ella i el cielo, para que los liberales de conviccion se decidiesen a romper con la fraccion del clero que confunde el culto a Dios i la propagacion de la moral evanjélica, con las complicidades i los cálculos de la política mundana.

El liberalismo colombiano, léjos de ser hostil al verdadero principio relijioso, se inspira en él i se arrima a su sombra, pues sabe que la libertad es en su esencia de oríjen divino i que no brota, ni crece i produce sus frutos sino en los pueblos en que la conciencia, esto es, el sentido moral, se desarrolla ampliamente i con completas garantías.

IX

La reciente lei colombiana sobre inspeccion de cultos, léjos de innovar, completamente de la manera más lójica i congruente la teoría constitucional de aquel pais, sobre separacion de Iglesia i Estado i deslinde de sus respectivos dominios i facultades.

Los constituyentes de 1863, como los de 1853 i 1858 en la misma República, i como los constituyentes de todos los Estados liberales de nuestra época, no entendieron que la libertad que consagraban para todas las creencias i cultos debia estenderse hasta dejar sin defensa alguna los derechos no ménos esenciales de la sociedad civil. Todo derecho está limitado por una segunda entidad, i deja de serlo desde que traspasa este límite cuyo nombre jenérico es el de deber. Comprendiéronlo así los autores de la Constitucion federativa de 1863, i por eso dijeron bien claramente que la garantía para la libertad de creencias i cultos iria, por parte del Estado, hasta donde esa libertad fuese compatible con la existencia de los mismos elementos que le dan vida, esto es, con el órden público i la soberanía nacional; i dejaron a la lei el cuidado de trazar los límites correspondientes.

Esta idea fundamental de la seguridad que era preciso obtener, no dividió a los liberales, que respecto de ella mostraron, por el contrario, unánime i profunda conviccion. En lo que sí hubo diverjencia séria, fué en la eleccion de los medios que debian emplearse para llevarla al terreno de la práctica.

El Jeneral Mosquera, al fin como hombre de guerra, decretó el régimen severamente preventivo que luego se ha establecido en Alemania; pero la mayoría liberal no apoyó su política, recelosa i con razon, de que la violenta situacion que ella producia, impidiese la práctica regular

de las instituciones i aun hiciese disculpable la continuacion del régimen dictatorial impuesto por la guerra. Habia anhelo vivísimo por volver a la paz, i hacer féculdas a su sombra las nuevas doctrinas de libertad ya consagradas legalmente.

En consecuencia, i a contar desde el primer período presidencial del señor Murillo, el aparato de represion fué desmontado pieza a pieza, viniendo a quedar reducida la tarea de inspeccion a simples fórmulas, sin trascendencia alguna.

Semejante estado de cosas era esplicable i aun plausible mientras la Iglesia no abandonó por completo su antigua divisa *semper eadem*, i en tanto que, si no aceptaba la doctrina i formas del Gobierno civil, tampoco les hacia guerra a muerte.

Mas una vez lanzado el anatema de Roma contra los principios fundamentales de la República; decretada la infalibilidad de una soberanía que se considera absoluta i universal i trazada la línea de conducta que cambios tan profundos i tan llenos de intencion señalaron al clero de todos los países i que el de Colombia se apresuró a seguir con su característico fervor, aquel desarme i abandono del Estado i de la sociedad civil, ya no era justificable, no admitia disculpa, no era siquiera racional.

Porque ¿qué fué lo que no entró a combatir el clero, entre las bases constitutivas del Estado colombiano? ¿A qué no declaró guerra implacable, predicando resistencia i dando él mismo el ejemplo?

Libertad de cultos, matrimonio civil, cementerios municipales, prensa libre, instruccion independiente i científica, voto popular i hasta la misma igualdad democrática fueron, no solo objeto de constantes censuras, sino blanco de una conspiracion formalmente organizada que al fin conflagró al país.

La misma igualdad democrática decimos; i es curioso observar a este respecto el lenguaje que emplean i los principios porque seguian los ministros de una religion cuyo fundador vino al mundo en humildísima cuna i escujo de entre los *votos* de la Judea sus apóstoles i cooperadores. El *Estandarte Católico* no perdona ocasion de referirse al linaje aristocrático en contraposicion con la llamada plebe; i un sacerdote colombiano que ha escrito en el mismo Diario, en defensa de sus copartidarios, enumera entre los cargos contra el liberalismo de aquel país la pretendida "baja estraccion" de sus últimos Presidentes. Esta ridícula reivindicacion del privilegio aristocrático, por parte de la humilde milicia del clero, data del día en que el actual sucesor de un vendedor de puercos i de muchos otros pontífices de más "baja estraccion" aún, hizo el elogio del cretinismo condecorado de ciertas viejas familias.

Mas a despecho de un sistema de hostilidad tan absoluto, tan comprensivo de todas las manifestaciones del progreso republicano, el Estado, las autoridades, la opinion misma vacilaron mucho tiempo ántes de decidirse por una actitud defensiva. Todavía en vísperas del supremo desenlace, evocados ya los espectros de la guerra, convertidas las diócesis de Pasto i Popayan (antiguo centro de obstinacion colonial la primera) en verdaderos campamentos, la lei de defensa quedó en proyecto, i fué menester, para resolverse a desnudar la espada, que sobre los campos de batalla blanquearan los huesos de más de diez mil víctimas!

Se advertirá sinembargo, como ya lo ha hecho el señor Arzobispo de Bogotá, que los delitos de resistencia i de sedicion, sean cuales fueren sus autores, deben estar sometidos a una lei comun i a Jueces comunes, i que por tanto no hai necesidad de disposiciones excepcionales i extraordinarias, sujeridas por el carácter que aquellos revistan.

Pero en Colombia no hai responsabilidad alguna legal para el uso i el abuso del derecho de palabra, ya sea ella escrita o hablada. La jurisdiccion para los juicios que tales casos requieren, la ha devuelto allí la lei a la opinion i al criterio social, siendo de advertir que esta mutacion de jurisdicciones i en la naturaleza de los fallos, ha morigerado ejemplarmente la prensa colombiana hasta el punto de hacer escepcionales i por supuesto sin ninguna autoridad ni fuerza, las publicaciones procaces e insultantes.

I por lo que hace a las discusiones puramente políticas, ese cambio, si no ha asegurado grandes bienes, tampoco ha causado los daños que temian aquellos que atribuyen los efectos del público descontento, no al poder que los produce, sino a la prensa que presta voz a sus quejas i que con solo darlos paso, alijera los pechos oprimidos i sirve así a los autores mismos de la opresion.

Pero si los tipos i la palabra hablada no han causado daño alguno al pais, manejados por los representantes i administradores de intereses puramente terrenos i fácilmente controvertibles, no ha sucedido ni hai razon para esperar que suceda alguna vez igual cosa, con la palabra que se impone en nombre de Dios i que se dirige a alimentar esperanzas tan intensas como son las que sujieren todas las religiones.

I el oríjen de esta distincion, que a primera vista parece casuística, está en la naturaleza misma de la humanidad i en la de los problemas religiosos que la poseen i agitan. Mientras la primera exista, cuna i sepulcro serán para ella como dos intersticios al traves de los cuales le parecerá columbrar o columbrará efectivamente lucas eternas i guidoras, a las que se volverá incesantemente i con más ahinco a medida que más se eleve su nivel moral e intelectual, pues la civilizacion es

ensanche de vida, i esta expansion resistirá con fuerza proporcionalmente mayor al anonadamiento aparente o positivo de la muerte. Las religiones i sus sacerdotes, que velan con promesas lisonjeras al pié de la tumba, ejercerán por este solo hecho influencia incalculable en los destinos de las sociedades, influencia que por su carácter excepcional debe ser vijilada i contenida dentro de sus justos límites.

Es un error suponer que la política científica ha suprimido tan importantes problemas, al dictar su plan de organizacion liberal; ni ha ofrecido siquiera semejante cosa, que ello equivaldria a mutilar la humanidad, arrebatándole una de sus fuerzas más gloriosas. Lo que la política científica ha hecho con tales problemas, es descentralizarlos, por decirlo así, relegarlos al fuero interno de cada individuo, desinteresarse de ellos la organizacion del Estado i convertir éste en campo neutral dentro de cuyos ámbitos i sobre la base de un derecho comun, puedan abrigarse todos aquellos a quienes divide la nocion religiosa, i cumplir sin estorbo sus destinos. Pero para sostener esta neutralidad fecunda, es menester garantirla contra los ataques de la misma controversia que la ha producido, i de aquí proviene la necesidad de una legislación defensiva, a que aun los países mas libres de la tierra han atendido oportunamente.

No hai, por otra parte, en la lei de inspeccion de cultos colombiana, nada que sea nuevo i extraordinario en cuanto a la definicion i clasificacion de los delitos que el clero puede cometer en ejercicio de las funciones de su ministerio.

Todos los estados católicos del réjimen antiguo sancionaron i mantuvieron una legislación infinitamente más severa, sin contradiccion alguna por parte de la Iglesia, que, segun ilustrados canonistas se contentó con el *jus in sacra*, dejando al Estado en posesion del *jus circa sacra* que comprende en toda su latitud el *jus cavendi*, esto es, el derecho, i con él la facultad de resguardarse contra los abusos del poder religioso i sus ministros, obligando a éstos a respetar el principio eterno que a todo derecho lejítimo acompaña una obligacion correspondiente.

En defensa contra los abusos del clero vivieron el Estado de la que fué monarquía católica por escolencia, el de la majestad apostólica, el que restauró la religion en Francia, i luego el trono lejítimo, el de las Dos Sicilias, el de Modena i Toscana, i el del Piamonte en la época en que la casa de Saboya daba monjes en vez de adversarios a la corte de Roma.

No pretendemos, al recordar estos hechos, que la escuela liberal se deslice por los caminos que abrió el despotismo antiguo, i habremos de buscar otros ejemplos, en países cuya libertad reconoce, aplaude i hasta envidia el ultramontanismo de los nuestros. Nos bastará citar a

Bélgica, cuya Constitucion dice poco más o ménos lo que la colombiana, esto es, que la libertad de los cultos que garantiza, no escluye, sino que por el contrario deja en salvo, *la represion de los delitos cometidos en su ejercicio*. Principio constitucional que el clero aceptó de grado, limitándose a pedir por el órgano del Arzobispo de Malinas, Príncipe de Mean, que la represion recayese solo sobre los culpables, sin interrumpir el culto ni herir a los demas miembros de la Iglesia. (*Historia del Congreso nacional belga, páj. 333*).

A título de aplicacion de este precepto constitucional, el Código penal frances de 1810 continuó rijiendo en Bélgica sin alteracion alguna para la doctrina de sus artículos 201, 202, 203, 204, 205 i 206, que dan cuerpo i sancionó todas las prerogativas que el Estado frances recabó de la Corte pontificia en el famoso concordato celebrado con ella por el Emperador Napoleon. Esos artículos erijen en delito, i castigan con las penas de multa, prision i destierro, no tan solo los actos de resistencia, las espresas concitaciones al desorden e irrespecto de la lei a que esclusivamente se refiere la de Colombia, sino que tambien la mera censura de un acto legislativo o de cualquiera medida de la autoridad política. Consulte dicho Código quien quiera medir todo su rigor a este respecto.

Esta penalidad i los procedimientos de su aplicacion subsistieron en Bélgica hasta 1857, año en el cual la reforma del Código frances, iniciada desde 1834 i objeto de vivas discusiones entre liberales i ultramontanos durante el interregno, quedó sancionada con inclusion de dos disposiciones, las de los artículos 267 i 268, penales para los ministros del culto que fuera de los casos previstos por la lei, procedan a la bendicion nupcial ántes de la celebracion del matrimonio civil, i para los que en ejercicio de su ministerio ataquen al Gobierno, una lei, un decreto real &c.^a Las penas señaladas son las de prision i multa.

La lei colombiana castiga, como queda dicho, no el ataque o la censura simples, sino la escitacion espresa a la resistencia i sedicion; diferencia importantísima que siempre podrán hacer valer en defensa de la libertad, el clero con su discrecion i la opinion pública con su vijilancia i justicia.

¿Por qué razon el aparato de defensa que en la libre Bélgica, Estado modelo para los ultramontanos, no provoca censuras i obtiene asentimiento i sumision jenerales, es, por el contrario, objeto de tantas iuectivas i condenaciones una vez adoptado para la defensa de las instituciones colombianas?

En la tan censurada lei no hai de irregular i anómalo, sino lo procedimental. La justicia organizada para conocer de los juicios i aplicar las penas es escepcional, i bien se conoce que la dictaron pasiones de

vencedor o arranques desmedidos de patriótica indignación; pero contra este abuso queda espedita la reivindicación de la garantía constitucional que no admite allí tribunales especiales, garantía que prevalecerá seguramente a medida que serenen los ánimos i la razón recobre todo su imperio.

Por lo demas, la lei en nada menoscaba ni hiere la libertad de conciencia: los principios que a ésta sirven de base i garantía quedan siendo los mismos, salvo estas léjítimas exigencias: que el creyente no ejecute hechos contrarios al órden o que dañen la soberanía nacional; que los cultos se costeen por los respectivos miembros de la comunidad religiosa; que los poderes civiles inspeccionen esos cultos en cuanto diga relacion con el órden i la seguridad nacional.

Fuera de estas obligaciones, que constituyen la responsabilidad inherente a toda libertad, la lei no dispone nada, ni contra el dogma, ni contra el culto, ni contra la congregación de los fieles, que son los tres elementos componentes de la Iglesia. En nombre i para la defensa del Estado libre ella no niega ni restringe su libertad a esa Iglesia; estórbale su entrometimiento en asuntos que son esclusivos del César, i nada más. Para decirlo todo de una vez, es una llave maestra que ha sido preciso forjar para encerrar al clero dentro de los templos, o alejarlo del teatro en que tantos daños ha hecho.

¿Está mal, está esclavizado el sacerdote católico cuando se le obliga a permanecer al pié de sus altares i consagrado esclusivamente a sus deberes?

Aquí ponemos punto final a nuestra tarea, con la seguridad de haber espuesto en estos artículos cuanto es menester para que el juicio de la jente reflexiva i séria no se estravíe bajo la influencia de lo que a el odio o a una ignorancia presuntuosa les ocurrió improvisar sobre una política de que seguramente no conocen sino los nombres que demarcan los campamentos.

Lejislacion inicua se ha llamado a la moderna de Colombia, i de sectarios i perseguidores han sido acusados sus Gobiernos: al partido liberal lo han caricaturado con brochas, que no con pinceles, dándole facciones de beduino; i todas estas vulgaridades doradas con algunos párrafos en que se aspira a remedar el lenguaje de la filosofía política, corren en la prensa como juicio sobre la marcha actual de medio continente i plan de sábia reorganización para los partidos conservadores de América.

Hemos descrito el carácter de aquella lejislacion, la conducta i la obra de los Gobiernos colombianos, i el verdadero perfil del partido liberal, sirviéndonos para el efecto, no de los recursos de la fantasía, ni

de los embustes del compadrazgo político, sino de la viviente historia de ese pueblo, escrita en sus Códigos, en las páginas de su administración pública, i con caracteres indelebles sobre numerosos campos de batalla en los que jamas comparció el liberalismo sino para firmar una gran doctrina i elevarla a institucion, al precio de su sangre.

Juzguen i escojan los espíritus reposados i serenos, entre aquella grotesca caricatura i este cuadro que, ya que no la habilidad del escritor, lo ilumina con sus magníficos rayos la verdad histórica.

Léjos de nosotros el negar que el partido liberal colombiano ha incurrido en muchas faltas i cometido no pocos errores, que ojalá acierte a reparar i corregir, aleccionado por las últimas pruebas.

Pensamos a este respecto, que aún no se han desarrollado en él cuanto debiera el espíritu de órden i la disciplina que es necesaria para reparar, siempre bajo el nivel de la lei, los defectos de que ésta pueda adolecer.

Tampoco ha dado todavía a los problemas del progreso material la escepcional importancia que ellos tienen en el país, i de aquí resulta la prolongacion de un desequilibrio en los diversos órdenes del desarrollo social, que exacerba por una parte los apetitos de la empleomanía i hace más personal la batalla del mando, i que aprovechan, por otra, para trastornar el órden, causas perdidas, en ocasiones dirigidas por verdaderos perdularios. El progreso necesita corrientes distintas, si bien armónicas, para ser benéfico i fecundante. Cargar sobre un solo punto, el intelectual i moral, cual acontece en Colombia, todas las fuerzas, equivale a pervertirlo i malograrlo. L'oblaciones mediterráneas como son las más importantes de aquel país, necesitan acudir al mar en busca de cambio no solo para sus productos físicos, sino tambien para sus ideas i aspiraciones morales. Levantar el nivel de éstas, sin abrirlas al propio tiempo cauce natural por donde rueden, es poco ménos que envenenarlas, pues sucede con la intelijencia de un pueblo lo que con las aguas estancadas, esto es, que se corrompe por la paralización. El desarrollo social como la moderna movilizacion a vapor, no solo requiere fuerza motriz, sino rieles para la tracción: la máquina colombiana es de una gran fuerza, pero no tiene por donde correr a nivel, i con frecuencia se estrella. Sin desarrollo económico la libertad continuará siendo en esa tierra, por otra parte tan privilegiada, no un medio, sino un fin, i por no satisfacer todas las legítimas aspiraciones, siempre será desconocida i buscada por los mismos que sin embargo la poseen completamente.

Tambien el poder relaja a los partidos, como la prosperidad sin contrastes a los individuos, i el de Colombia gobierna hace ya el largo espacio de diez i siete años, sin la debida alternabilidad dentro de la

Constitucion. Este dañino estado de cosas proviene de que el liberalismo no ha hallado sucesor a quien entregar el mando, sino reaccionarios listos a cortarle la cabeza. Las oposiciones facciosas i reaccionarias, convierten la posesion indefinida del poder en una necesidad, aun para los partidos más desprendidos i honrados, i el de Colombia, colocado como se ve entre una reaccion implacable i la prolongacion de su Gobierno, por fuerza ha tenido que optar por lo último.

Mas, sin que sea dable ni conveniente desconocer éstas i otras faltas, a aquel partido no se le puede procesar sino por ignorancia o mala fe, en los términos que hemos refutado tal vez con más seriedad i estension de los que su importancia merecen.

Tranquilizanos, empero, la idea de que nunca se escribe en vano cuando se escribe por la libertad i el progreso, con alta i con buena intencion.

Julio 30 de 1877.

AMERICANUS.